

DATA DE
RECEPCIÓN:
01/07/2020

DATA DE
ACEPTACIÓN:
01/11/2020



*Sombras, censuras y tabús en los libros
infantiles*

Fanuel Hanán Díaz

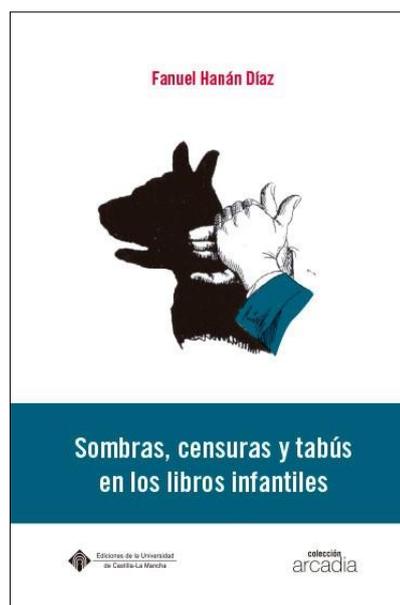
Cuenca: Ediciones de la

Universidad de Castilla-La Mancha

Colección Arcadia, n.º 30

2020, 151 pp.

(ISBN 978-84-9044-379-8)



Luna Moyano Fernández

Universidad de Castilla-La Mancha

luna.moyano@alu.uclm.es

151

RECENSIONES/ RESEÑAS / REVIEWS

Aunque, lamentablemente, en la actualidad hay quien todavía sigue cuestionando el hecho de que la Literatura Infantil y Juvenil (en adelante, LIJ) sea literatura como tal, somos ya muchos los que tenemos claro, y así lo han demostrado críticos e investigadores desde el pasado siglo, que se trata de una sola literatura, lo que no quiere decir que no existan una serie de parámetros y características que rijan este tipo de producción editorial para niños y jóvenes. Por otro lado, muchos de los temas que se tratan en obras más generales son censurados en la LIJ debido a una serie de costumbres, a la moral, a la sensibilidad o a la inocencia que se presupone que caracteriza a este tipo de lectores. Pero si volvemos la mirada al pasado, comprobaremos que ya en los textos de tradición oral y en los cuentos clásicos se trataban multitud de temas obscenos, controversiales y de doble sentido que les acercaban a la realidad. De este modo, Fanuel Hanán Díaz, investigador de Literatura Infantil y escritor venezolano, plantea una serie de preguntas a las que dará res-

Moyano Fernández, Luna (2020).
Sombras, censuras y tabús en los libros infantiles (2020),
Elos. Revista de Literatura Infantil e Xuvenil, 7, "Recensiones", 151-155. ISSN 2386-7620.

puesta a lo largo de su obra: ¿existen los temas tabús en la LIJ?, ¿por qué deberíamos censurar este tipo de temas?, ¿se deben evitar las palabras malsonantes o inapropiadas?

El libro se compone de diez capítulos en los que el autor introduce, define y ejemplifica el concepto de censura en la LIJ en sus múltiples formas. En el primer capítulo, a modo de introducción, deja claro que la LIJ es un territorio limitado por aquello que los adultos consideran apropiado para los más pequeños, ya que históricamente las obras que se escribían para ellos eran didácticas y en ellas primaba el aprendizaje por encima del placer. De este modo, la censura impuesta por distintos sistemas religiosos y políticos ha hecho que a lo largo de la historia de la literatura se hayan prohibido, quemado y modificado multitud de libros por no ser considerados afines a las premisas de cómo debía ser educada la infancia. No obstante, además de estos libros tradicionales, cada vez tenemos más propuestas innovadoras que permiten ensanchar estas fronteras del universo de libros para niños, y que a su vez los acercan a la realidad, sin ocultarla ni edulcorarla. Por todo ello, la censura por parte del adulto implica el desconocimiento del mundo de la infancia, y por tanto la delimitación de esta literatura, ya que no se debe evitar lo que no es ideal, ni se debe dejar solamente visible aquello que se considera apropiado, porque los niños también son partícipes del mundo en el que vivimos.

152

En el segundo capítulo lanza la pregunta de si existen o no temas tabús en la LIJ, afirmando que efectivamente no se habla de forma abierta de determinados temas que, tal y como se consideraba en los años noventa del pasado siglo, podrían herir de algún modo la sensibilidad infantil, como es el caso de la sexualidad, la violencia o la muerte. Pero son precisamente este tipo de temas los que, por tratarse de reglas que no pueden quebrantarse, causan una mayor curiosidad. Por otro lado, el tabú no siempre ha formado parte de la infancia, ya que muchos cuentos de tradición oral contienen este tipo de aspectos, que son una parte esencial de la naturaleza humana. De este modo, los tabús delimitan el territorio de la infancia al anteponer una serie de valores a la calidad literaria, un hecho que se debe principalmente a la mirada distorsionada del mundo por parte de los adultos, al constituir un reflejo de lo que no les gusta a ellos mismos. Afortunadamente, estos temas se han ido transformando con el transcurso del tiempo y libros que antes eran considerados controvertidos, en la actualidad, se utilizan para tratar temas delicados contribuyendo a ensanchar este territorio de libros para niños, ya que, como bien dice el autor, la fuerza de la censura no tiene sentido en un mundo expuesto a la realidad.



En el tercer capítulo, “La sombra en el discurso para la infancia”, aclara que no solo el mal forma parte de estos temas tabús, sino también ciertas fobias, prejuicios, emociones y sentimientos que no afloran de manera racional, a los cuales se refiere como reflejos en la sombra. Y es

precisamente el deseo de sepultar esta sombra uno de los principales mecanismos que la alimenta, permitiéndonos ser conscientes de sus efectos, ya que no hay que desconocerlos, sino reconocerlos, a lo cual ayuda en gran medida la creación de espacios simbólicos que nos permitan enfrentarnos a ellos. Por todo ello, los libros para niños incorporan esta sombra como extensión de ese lado reprimido interior, para que puedan desarrollar adecuadamente sus expresiones, su salud emocional, su necesidad de explorar y su capacidad para enfrentarse a aquello que les desagrada.

En el cuarto capítulo, el autor habla sobre la corriente de “Lo políticamente correcto”, reforzada a finales del siglo pasado, la cual intentaba moldear los contenidos editoriales para niños, pretendiendo construir un discurso social neutro que terminaba resultando artificioso. La causa principal de estas modificaciones era querer suavizar la carga semántica del lenguaje, al igual que ocurre en la realidad, de tal modo que estas palabras se complejizan y se ironizan dando como resultado términos artificiosos y poco claros. De esta forma, existen cuentos infantiles que se escribieron en tiempos pasados en los que no se habían impuesto estas normas, y que han sido prohibidos por motivos ajenos a su contexto de producción, como es el caso de *Alicia en el país de las maravillas*, tachado de exceso de fantasía por la incapacidad de los adultos para distinguir la realidad de la ficción. Y es precisamente este deseo por burlar las reglas el que convierte esta literatura en una más atractiva, ya que los personajes que la protagonizan viven emocionantes y novedosas aventuras. Es evidente que este tipo de libros no cumplen tales pautas de lo políticamente correcto, pero aun así afortunadamente permanecen vivos.

“Realidad y realismo social y crítico” es el título del quinto capítulo, en el que se habla sobre la tendencia a asociar la LIJ con los cuentos maravillosos, olvidando que esta literatura también tiene una dimensión más directa que se aproxima a la realidad. Para poder tratar cualquier tema, la LIJ ha tenido que desprenderse de múltiples ataduras, ya que de nada sirve mantener a los niños al margen de este tipo de temas si ellos también están expuestos al mundo. De este modo, la aparición de nuevas preocupaciones ha dado lugar tanto a novedosos espacios de reflexión como a la oportunidad de dar a conocer las complejidades del ser humano para profundizar en nosotros mismos, especialmente en el caso de los adolescentes, cuyas situaciones conflictivas pueden encontrar semejanzas con la realidad de estos personajes desde su propia perspectiva. No obstante, para mostrar esta realidad a los más pequeños, es necesario ficcionarla mediante una serie de recursos que permiten mostrar sus aspectos más chocantes, como es aludir dichos acontecimientos en lugar de nombrarlos directamente, lo cual requiere de cierta destreza para comprender los aspectos explícitos.

En el sexto capítulo, “Lecturas retadoras”, Hanán describe aquellos temas que han sido



calificados como difíciles en la LIJ tradicional, pero que en la actualidad se asumen como un modo de enfrentarse a la realidad. Para ello se utilizan recursos como la narrativa simultánea, en el caso de los álbumes ilustrados, que permiten complejizar la trama narrativa mediante la unión de un lenguaje lineal (textos) y un lenguaje espacial (ilustraciones), o bien mediante metáforas visuales que pongan en marcha procesos de interpretación, así como mediante elipsis o supresión de un acontecimiento en la historia que lleve al lector a formular sus propias hipótesis. Por todo ello, para que un libro sea retador, debe proponer un desafío al lector, para que sea capaz de llegar más allá de una mera lectura del argumento, explorando esa sombra oculta, para lo cual se requiere cierta experiencia y capacidad. Estos asuntos estarían relacionados con el séptimo capítulo, “El lenguaje simbólico para atraer la realidad”, donde el autor reafirma que los recursos estéticos permiten que se mitigue el impacto emocional que pueden causar estos temas, transformando la realidad para poder comprenderla, al igual que lo hace el subconsciente. De este modo, los álbumes ilustrados son los libros ideales para generar soluciones visuales y complejas interpretaciones para estos temas realistas, gracias a su compleja relación entre textos e ilustraciones, ya que cada uno de ellos trata ciertos asuntos en las que el otro se mantiene en silencio, mitigando este enfrentamiento con la realidad sin negar su existencia.

154

En el octavo, “Mediación y temas difíciles”, se habla sobre la destreza necesaria por parte del mediador para acercar a los lectores a la realidad mediante el tratamiento de ese tipo de temas, ya que no todos son oportunos para cualquier edad ni demandan el mismo grado de mediación. De este modo, se pretende que la LIJ ofrezca estas complejidades, pero también una serie de respuestas que ayuden al lector a saber solucionar sus propios problemas y a entender situaciones y sentimientos que no siempre se comentan o se expresan. Estas obras deben conmover, hacer pensar, no solamente a los niños y jóvenes, sino también a los adultos, para que así liberen sus prejuicios sobre lo que deben leer aquellos. En relación con todo esto, en el capítulo noveno, “Libros perturbadores: una categoría a la sombra”, se subraya la necesidad de confrontar y desmontar determinados prejuicios por parte de los adultos respecto a la visión estereotipada de la infancia, prejuicios que llevan a suprimir contenidos considerados poco apropiados o políticamente incorrectos. Al contrario de lo que se cree, el mundo de los libros para niños no es totalmente idílico, ya que ni siquiera la fantasía está exenta de crueldad y dolor, por lo que es importante que el mediador sea capaz de encontrar la forma más adecuada de tratar y afrontar estos temas.



Finalmente, a modo de conclusión, en el décimo capítulo, titulado “¿Nuevos temas difíciles para la LIJ?”, el autor realiza una reflexión sobre la cantidad de temas que en la actualidad siguen siendo polémicos en los libros para niños, a pesar de que ya aparecían en los cuentos clásicos, por lo

que todos ellos deberían haberse incorporado al imaginario de la infancia. Asimismo, en nuestros tiempos van apareciendo nuevos temas, preocupaciones y conceptos que siguen generando inquietudes en la figura del mediador, como es el caso de los flujos migratorios, la autoagresión, la religión, el feminicidio y el maltrato, la sexualidad, los nuevos conceptos de la familia o las enfermedades mentales. De este modo, la LIJ ha ido absorbiendo esos temas, propios de la condición humana, y a pesar de su etiquetado como “tabús” su sola presencia, con un buen tratamiento literario y, en ocasiones, el acompañamiento de un mediador, permiten la aparición de nuevas oportunidades para que niños y jóvenes puedan entender y afrontar cambios y temas difíciles, y por tanto encuentren respuestas adecuadas para sus propios conflictos.

Por todo ello, podemos afirmar que la obra de Fanuel Hanán Díaz es una lectura totalmente recomendable para docentes, mediadores, bibliotecarios, estudiantes y todos aquellos lectores amantes de la LIJ —y, en especial, del álbum ilustrado— ya que es una muy buena forma de responder a los interrogantes que nos plantean estos temas tan habituales en la vida real, y que precisamente por estar tan presentes y cercanos, no debemos ocultarlos ni endulzarlos cuando se trate de obras dirigidas a niños, ya que ellos son también partícipes de nuestra misma realidad.

